

generosos gritos de Tertuliano: *Idem sumus Imperatoribus qui et vicinis nostris; quodcumque non licet in Imperatorem, id nec in quemquam;*¹ y de aquella hermosa y evangélica doctrina de San Agustín, en aquel capítulo tan suyo: *De æquo jure dominandi:*² *Qui imperant, ut domini servis,* había escrito poco antes el Platon cristiano, *serviunt eis quibus videntur imperare;*³ y ahora en este capítulo escribe: *Etiam si habuerunt servos justis patres nostri, sic quidem administrabant domesticam pacem, ut secundum hæc temporalia bona filiorum sortem a servorum conditione distinguerent; ad Deum autem colendum.... omnibus domus suæ membris pari dilectione consulerent.* Y concluye diciendo: *Veri patres familias omnibus in familia sua, tamquam filiis, ad colendum et promerendum Deum consulunt.*⁴

Y andamos tan apartados de esta doctrina sana y regeneradora, por lo mucho que nos hemos alejado del principio en que se funda, y es este: *Padre nuestro, que estás en los Cielos;* ejecutoria solemnemente promulgada por el mismo Jesucristo, según la cual todos los hombres,

1. "Lo mismo somos para nuestros emperadores que para nuestros últimos conciudadanos: lo que sería ilícito contra el emperador, contra nadie nos parece lícito."—*Apolog.*

2. "Del mandar conforme á justicia."

3. "Los que ejercen imperio, verbigracia los amos sobre sus esclavos, si lo ejercen bien, en realidad sirven á los mismos á quienes al parecer mandan."

4. "Nuestros virtuosos antepasados hacían diferencia entre hijos y siervos respecto á los bienes de fortuna; más en lo tocante á la religión, de todos, sin distinción alguna, cuidaban con el mismo afecto. Un verdadero padre de familia á cuantos viven bajo su dominio ha de mirar como á hijos propios, en lo que atañe al culto de Dios y á ganar el cielo."

el indio como el europeo, el pobre descalzo que habita en un jacal y duerme sobre un petate, lo mismo que su amo y señor, el de la carroza y el palacio, somos hijos de Dios, hermanos todos, y llamados á ser príncipes en el reino de la gloria. Esta es la grande, la de veras ilustre nobleza, superior á las otras del mundo cuanto se encumbra el cielo sobre la tierra, cuanto va de las cancillerías de los reyes al trono de Dios vivo.

¡Otra vez y otras mil veces pobres indios!

¿Pueden á boca llena llamar *Padre* á Dios omnipotente, y no son bien nacidos? ¿Murió por ellos Jesucristo nuestro señor, y son despreciables, y no valen nada? Con su trabajo improbísimo y el sudor de sus cuerpos mantienen el *otium cum* ó *sine dignitate* de sus amos; y no merecen que por ellos se gasten ó se dejen de atesorar algunos miserables pesos?

Verdad es que la codicia, entre otros males no pocos ni leves, lleva consigo el de ser ingrata, el peor de todos al parecer de Séneca: *Nullum habet malum cupiditas majus quam quod ingrata est.*¹

Y cuidado que no faltan males pésimos á la codicia. Como á raíz de todos la condena San Pablo.² Según el poeta hace menguados á los hombres y desertores de la virtud.

"Perdidit arma, locum virtutis deseruit qui
Semper in augenda festinat et obruitur re."—*Hor.* 3

1. Epist.

2. "*Radix omnium malorum est cupiditas.*"—1^a Tim. VI.

3. "El que en ansiar funesto
Por más tener se agita y se desvela,
Sus armas entregó, mal centinela,
Y abandonó de la virtud el puesto."

“.....Quid non mortalia pectora cogis
Auri sacra fames?”¹

exclama por hermosa manera otro hijo de las musas. De «metrópoli de los vicios» la calificó uno de los siete sabios de Grecia. El de las Etimologías dice de ella indignado: *Cupiditas omnium criminum mater est... Cupiditas Christum vendidit;*² y dejando, por abreviar, á tantos otros que igualmente la conocen y la detestan, el gran Crisóstomo le atribuye «la universalidad de las desdichas que aquejan á los míseros mortales.»³ ¿Qué daños no le atribuirían, si supiesen lo que no saben, los malaventurados indios?

Y á la verdad no tienen cuento los males que causa, ni los bienes que afea ó destruye la peste de la codicia. Por de contado nubla los entendimientos, empequeñece las almas, estrecha, rebaja y endurece los corazones; seca y consume la bondad, bastardea las mejor nacidas índoles, entristece la vida, ahuyenta la confianza, mata la amistad, despierta la envidia, engendra pleitos y rencores sin término, desconoce la justicia y la pervierte, degrada la sabiduría, desdora las artes, mancha la nobleza, infama la autoridad, marchita y aja la más lozana gloria; y hasta la religión, luz y hermosura del cielo, la corrompe, desautoriza y envilece.

Y andamos también lejos, lejísimos, Ilmo. y Rmo. Señor, de lo que hoy mismo se piensa, sien-

1. “¡Maldita sed del oro! ¡á qué no obligas á los míseros mortales!”

2. “La codicia es madre de todos los crímenes. La codicia vendió á Jesucristo.”—*Senten.* Lib. II.

3. Orat. de S. Philog.

te y practica en otras partes. Vaya un ejemplo.

Buscábase no ha muchos años en una de las secciones de cierto congreso católico, el medio de lograr que pudiesen acudir las familias pobres á los oficios divinos, sin pagar las sillas y sin padecer lo más mínimo por no pagarlas. Nada importaba menos allí que la cuestión de dinero.

Excepto uno solo, todos los asistentes eran seculares; y todos, salvo quien esto escribe, personas de cuenta.

Un rico y respetable senador, que por cierto consagra cada año el sobrante íntegro de sus rentas, como algunos compatriotas suyos, á la fundación y sostén de obras de piedad y de misericordia, propuso sin bastante reflexión que se destinasen á los pobres algunas hileras de sillas en lugar aparte y conocido de la cobradora. Reprobación indignada y unánime.—«¿Los pobres aparte en la iglesia? que lo hagan, si quieren, los judíos en la sinagoga.»—«La iglesia, como elocuentísimamente lo explicó Bossuet, es de los pobres.»¹—«Pues entonces á qué viene el *fratres* con que nos saluda en la misa el sacerdote?» Estas y otras no menos enérgicas exclamaciones despertaron al excelente senador, y, apenas pudo hablar, se retractó noblemente.

A otro miembro le pareció arbitrio más cristiano fabricar contraseñas de metal, que se darían á los indigentes, y ellos á la cobradora: por tal medio solamente una mujer sabría quién no pagaba. Nueva reprobación, aunque no tan rui-

1. *Sermon sur l'éminente dignité des pauvres dans l'Eglise, pour le dimanche de la Septuagésime.*

dosa como la primera.—«Si lo sabe la cobradora, no tardarán á saberlo sus comadres; y basta que el pobre sepa que puede saberse.»—«Muy bien dicho. Es menester otra solución que dé al pobre silla y no le dé vergüenza....»

Al fin se inventó el expediente de acuñar medallas tan perfectamente semejantes á las monedas, que la cobradora, no pudiendo distinguir las sin particular atención, no las echara de ver hasta el momento de hacer sus cuentas en la sacristía después del oficio.

Y aún esta medida no se adoptó sino *provisionalmente*, hasta que se hallara otro más adecuado remedio.

Así tratan en algunas partes los ricos y los poderosos á los indios de sus tierras.

Los que en ésta los maltratan, pregunto ¿qué serán? ¿menguados ó ciegos? Dios lo sabe y á Él sólo toca decidirlo. No á nosotros. *Est qui quærat et judicet. Qui illuminabit abscondita tenebrarum et manifestabit consilia cordium.*¹ El que dijo: *Mihi vindicta et ego retribuam;*² y también *Potentes potenter tormenta patientur.*³ Yo los tengo, dígolo con lealtad, por rematadamente ciegos.

Sin duda es ciego de remate cualquiera que, buscando su interés, va contra sus mayores in-

1. "No faltará quien pida cuenta y juzgue. El que iluminará un día lo más oculto de las tinieblas, y pondrá de manifiesto los secretos de los corazones."—1^a Cor. IV.

2. "Para mí sólo reservo la venganza, y yo me encargo de dar á cada uno según su merecido.—Rom. XII. Hebr. X.

3. "Los delincuentes poderosos poderosamente serán atormentados."—Sap. VI.

tereses; y esto sucede aquí, si no me engaño. Demos que no quieran, y hasta supongamos que en buena política no convenga instruir mucho á los mal heredados; no sea que contándose y viéndose tan superiores en número — terror perpétuo de Grecia y Roma — y creciendo los deseos con el saber, y fermentando la multitud con la comunicación de ideas y sentimientos inevitable entre gente instruída; á la postre y al soplo de un Espartero se enciendan, é incendien de mar á mar y de frontera á frontera toda la república. Demos todo eso de barato, aunque á mi parecer no sería ni menos fácil ni menos atroz el temido incendio con tizones de ignorancia que con antorchas de ciencia.

Mas ya que instruir á tan pobres y tantos no sea prudente, ¿por qué ha de ser imprudente moralizarlos? ¿Por qué no ha de enseñárseles siquiera lo que deben á Dios, á sí mismos, á sus iguales, al gobierno del país y á sus propios é inmediatos señores? ¿Quién ganaría en esto tanto como los mismos oligarcas? ¿Cuál es hoy la defensa de sus personas y bienes? Las leyes, dirán ellos.

La fuerza, y fuerza insegura y precaria, diría yo, acaso con mejor derecho; ahora muy hábilmente dirigida por un hombre providencial, por un insigne y bien intencionado repúblico, temido de los malos, querido de buenos é indiferentes, respetado de todos; pero al fin mortal y por desgracia ya no joven.

¡La fuerza! Donosa y previsora táctica social en el siglo del sufragio, del periodismo y del so-

cialismo; en un país avezado al triunfo de la violencia contra el derecho, al desfile continuo de Sila tras de Mario y de Mario tras de Sila; en un país donde apenas se cuentan á cientos los que andan en coche propio, y se suman por millones los que andan descalzos. ¡Con cuán diferente criterio piensan en Europa los que contemplan serenos ó espantados el mal del siglo, «la sublevación, como decía el ínclito Marqués de Valdegamas, de los que padecen hambre contra los que padecen hartura»!¹

Pero sean enhorabuena las leyes baluarte principal de personas y de propiedades. ¿De qué sirven las mejores leyes sin conciencia que las inculque?

“Maldita la pro que traen”,

responde un antiguo vate castellano; y el gran lírico latino,

“Quid leges sine moribus
Vanæ proficiunt”?²

Y ¿cómo ha de haber costumbres buenas donde se ignoran las reglas de las buenas costumbres?

Ciegos, pues, y muy ciegos; y es lo peor que no se dan cata de su ceguera. Como aquellos otros de la víspera del diluvio y los conciudadanos de Lot, que neciamente incautos ni previeron, ni acertaron á esquivar la catástrofe, y llegó de súbito *et tulit omnes et omnes perdidit*;³ tampoco éstos ven el polvo, que levantan las hordas

1. Carta á María Cristina.

2. “¡Oh cuán vanas son las leyes
Do reinan malas costumbres!”

3. “A todos sorprendió y destruyó á todos.”—*Matt. XXIV. Luc. XVII.*

de Genserico, eso que llena el aire y sube á las estrellas. Y si lo ven ¿en qué fían? Probablemente en el foso del Atlántico, ya no foso, ya no como antes Océano separador,

“Nequidquam Deus abscidit
Prudens Oceano dissociabili
Terras.....”—(*Hor.*)¹

sino abierto, ancho y cómodo camino.

“Bene dissepti fœdera mundi
Traxit in unum Thessala pinus.
Nunc jam cessit pontus et omnes
Patitur leges.
Quœlibet altum cymba pererrat,
Terminus omnis motus.
Nil qua fuerat sede reliquit
Pervius orbis.”—(*Sen. Med.*)

Pasó por ese camino y en peores tiempos el Contrato Social, pasaron las inmundas é infernales burlas de Voltaire, pasaron en masa los enciclopedistas, hasta los pigmeos, y no pasarán hoy los Karl Max, los Lassale, Bebel y Shoœffle! ¡Ah, señores míos! Ya han pasado, ya los teneis en la república; y ojalá no los veais nunca, irresistibles, vengativos, inexorables, ni en las calles de la ciudad, ni en los patios de vuestras haciendas. Ojalá nunca tengais que defender contra sus furores á vuestras esposas ni á vuestros hijos.

¿Qué harían entonces los que por culpa vuestra no saben qué cosa es Dios, ni cuál es su ley, ni cómo obliga, ni qué premios y castigos la sancionan? ¿Pensais que cantarían lo único mediana-

1. “La tierra en vano Jove
Por hondos mares separó prudente.”

mente bueno, que, sin enseñárselo vosotros, aprenden ellos, *el Alabado*? Hágalo Dios, si á tal extremo se llega, que bien será menester para tan gran milagro el brazo del Omnipotente; pero hartamente temo que en vez del Alabado cantarían aullando y rugiendo la última horrible edición de la Marsellesa.

Por fortuna de todos aún está Dios en Sión, aún hay resina en Galaad con virtud de sobra para cualquiera llaga, aunque sea profunda como el orgullo y tenaz como la codicia; y no faltan médicos de almas que sabiamente la apliquen.¹

Curados algunos, echarían por el buen camino, se podrían mostrar con el dedo á la multitud, los aplaudiría, imitaríanlos otros, luego más, al fin la mayor parte; y á los insensibles podría obligárseles, iluminando y fortaleciendo la opinión pública, á seguir, aunque fuese de mala gana, la corriente de los mejores. Estas son las santas, y, más que las mentidas del paganismo, admirables metamorfosis; que obra sin cesar desde la tarde del Calvario la sangre del Cordero. *Occisus Agnus a lupis, fecit agnos ex lupis.*² Y es lo bueno que se las ve, siempre que se quiere verlas. El daño está en que no se quiere, si no llamamos querer al criticar y lamentarse.

Mas aparte de estos falsos hermanos, ó menguados ó ciegos, pero no desesperadamente incorregibles, hay todavía número sin número de

1. Jerem. VIII.

2. "El cordero devorado por los lobos convirtió á los lobos en corderos."—*S. Aug.*

otros, gran parte buenos, y el resto más bien que malos, ignorantes; disipados más bien que indiferentes; de los cuales no pocos ayudarían con fervor, ó enseñando ó dando, si viesen clara la necesidad, y si discretamente se les buscara.

Este número sin número que dije, son los que solemos llamar *todo el mundo*; y es evidente que si todo ese mundo cumpliera con su deber en materia de Catecismo, pronto y sin violencia, sin ofensa de las leyes vigentes, sin menoscabo de ningún derecho, se alzarían de su decadencia religiosa la diócesis y la república.

Enefecto, si en el hogar doméstico los padres de familia enseñasen la doctrina cristiana, como deben, á sus hijos y criados; si los industriales cuidaran de que la aprendiesen sus obreros fijos; y sobre todo, muy sobre todo, si los hacendados, casi omnipotentes como son en haciendas é ingenios, dieran traza de que se enseñara bien á sus indios, estableciendo escuelas, aunque fuera sólo para esta enseñanza, obligando á los padres á enviar á ellas á sus hijos, y poniendo en tan gravísimo negocio siquiera la mitad de la mitad del cuidadoso empeño que suelen poner en compeler á los obreros á que acudan al trabajo; no sé en verdad qué más podría desearse.

Pero si no tanto, mucho de esto es posible lograr con fe y constancia; y como escribía el antiguo,

"Est quodam prodire tenus, si non datur ultra."—(*Hor.*)¹

Al fin no hace más el que más hace. Y en su-

1. "Si ir más allá se veda,
Al menos lléguese dónde se pueda."—*Burgos.*

ma, ¿qué se perdería con tentar el vado? Gran comienzo es, cuando se desea mover á la gente, abrirle los ojos. Los que no ven, no lloran, dice allá un proverbio; y quien no llora ni aún ve, á buen seguro que se mueva.

Pero al contrario, los ojos humanos que ven lástimas, por ley natural de simpatía, uno de los más profundos cimientos de la sociedad, aun de no querido las sienten; y la compasión es de suyo activa y benéfica.

“Sunt lacrimæ rerum et mentem mortalia tangunt.”¹

“Ut ridentibus arrident, ita flentibus adflent

Humani vultus. . . .

Format enim natura prius nos intus ad omnem

Fortunarum habitum, juvat aut impellit ad iram.

Aut ad humum mœrore gravi deducit et angit.”²

8º Esta ya poderosa legión de catequistas aún la quisiera yo reforzar con una cohorte nueva en Méjico, si bien conocidísima y probadísima en otros lugares; con los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

¿Es posible traerlos?

Dígalo quien haya tomado bien el pulso á la situación política del país, y conozca las intenciones de los que lo gobiernan.

1. “Nos hacen llorar las desdichas ajenas, y no hay trance humano que no conmueva á los mortales.—*Aeneid I.*”

2. “Con quien ríe reír es cosa llana

Y llorar con quien llora;

Pues que al formar naturaleza sabia

El corazón del hombre, para todos

Los trances de la suerte le prepara;

Ya á la cólera indúcele, del tedio

Ora le abrumba con la dura carga.”—*Hor. ad Pisones.*

Como quiera, pediría el caso notable sagacidad, exquisita prudencia, y en grado eminente otra virtud dificultosa de adquirir, dura y delicada de conservar, y muy rara de ver en el pobre género humano.

¡Oh, si fuese hacedero, sólo para que nuestros mal aconsejados enemigos ni nos dañaran, ni se hicieran daño, antes se mejorasen; atarles las manos con sus propias ligaduras y con sus mismas armas vencerles!

Estos ocho medios de levantar la enseñanza del Catecismo á suficiente y debida altura son, Ilmo. y Rmo. Señor, los que me ha ocurrido proponer á su sabiduría. Otros habrá, no lo dudo, que al presente no alcanzo, obvios tal vez y por ventura más fáciles y de mayor eficacia. Añádalos quien ya los conozca, ó búsquelos quien tenga—no es difícil—más penetrante y ejercitada vista.

A fortificar los medios susodichos pueden ayudar en gran manera las misiones.

Digo que pueden ayudar á fortificarlos, y con poderosa ayuda; mas no que sean parte á sustituirlos, como algunos inconsideradamente imaginan. Por dicha no se necesitan largas reflexiones, basta sentarse, diría José de Maistre,¹ para salir de semejante engaño.

En efecto, aunque la misión *bien dada* sea, «el primero, el más importante y eficaz de todos los medios extraordinarios, que Dios emplea comun-

1. *II suffit de s'asseoir.* De l'Egl. Gall.

mente para convertir y santificar al pecador»;¹ no hay duda sino que pierde mucho de su eficacia cuando, por escasez de personal, se extiende, como aquí, á muy pocos lugares, y por éstos mismos pasa como un torrente, y tarde ó nunca se repite. Pero en especial resulta la misión, manco y malogrado esfuerzo, allí donde totalmente ó casi del todo se ignora el Catecismo. Y cierto no se comprende cómo llegará á entender los sermones más llanos un auditorio incultísimo, profano por modo increíble así en la moral como en el dogma, que se le predicán; ni qué convicciones se pueden sacar de un discurso que no se entiende; ni sobre qué asentaría la persuasión, faltando la base de las convicciones. En almas tan ayunas de doctrina cristiana, el fruto que produzcan algunos días de misión, sin nada que la prepare, ni nadie que la continúe, se me antoja que será tan maduro, pingüe y durable, como en la tierra el de un aislado aguacero entre dos sequías desoladoras; hojarasca de hueco y efímero entusiasmo, ó en lengua y frase de Tácito, *falsae virtutes et vitia reditura*,² ilusión de conversiones y retoño de vicios. V S I lo habrá

1. Tes. del Sac. Trat. XVII. Misiones. Es curioso de notar que dentro del primer párrafo junta el autor hasta cuatro veces, sin duda con deliberado propósito, á la palabra *misión*, el calificativo de *bien dada*; y y cuán difícil sea darlas bien, lo prueba en todos sus pormenores este precioso tratado. También lo prueba el que, donde fructuosamente se dan, verbigracia, donde se han conservado y observan con respeto religioso las enseñanzas del gran misionero que lo compuso, se prepara cada misión con esmero imponderable; y concluída de darse, la prolongan, ó, por decirlo con las palabras del P. Mach, la cultivan y explotan hasta la misión venidera, que vuelve al cabo de un período fijo y un nada breve intervalo.

2. Hist. I.

experimentado más de una vez, y más de ciento lo habrá oído lamentar á desconsolados misioneros.

Paréceme, pues, que *praedicantes* ó catequistas no faltan; y estoy seguro de que lo afirmarían con hartó más vigor, si resucitaran para juzgar del caso, ciertos hombres que fueron ya de este mundo. ¿Quiénes diré? Por ejemplo, Fr. Toribio Motolinia y Fr. Pedro de Gante.

¡Qué espantados quedarían aquellos denodados varones, aquellos misioneros ferventísimos, de ver que el pobre pueblo, la plebe cristiana que cultivaban ellos con tan áspero trabajo y con tan enamorado ahinco, ahora, al cabo de tres siglos de propaganda católica! . . . Y en efecto, es terrible de considerar lo que en esto pasa.

Hallarían, es cierto, multiplicadas las iglesias, centuplicadas las campanas, más aparato y estruendo religioso; pero en la fe y en la vida cristiana, ¡qué inverosímil ignorancia! ¡qué increíble atraso!

Aún les saludarían respetuosas las muchedumbres y les besarían las manos con humilde continente; mas enterados los afligidos misioneros del fondo de las cosas, dirían meneando tristemente las cabezas: «La fe, sin la cual es imposible agrandar á Dios, no es reverencia de los cuerpos, sino creencia de las almas.» *Fides non res est salutantis corporis, sed credentis animi, et sine fide impossibile est placere Deo.*¹

1. De catech. rud.

Después, en averiguando los medios que hay todavía de remediar el daño, ¡cómo se enardecerían contra nuestro aletargado celo, contra nuestra descuidada y casi alegre insensibilidad, contra nuestra pereza! ¡Con qué nombres nos llamarían, á mí el primero, siquiera por más libre; con qué epítetos nos calificarían, qué sentencias nos aplicarían tan graves, tan acusadoras, tan irresistibles, ya de los antiguos padres, ya de los sagrados libros!

Y nosotros, míseros, no tendríamos ni de qué maravillarnos ni qué responderles.

Vamos á la segunda parte del programa: *Quomodo vero praedicabunt nisi mittantur?*

A mi entender esta misión abraza dos operaciones: ordenar las fuerzas y ponerlas en movimiento; ó en otros términos, organización é impulso. Veamos lo primero cómo podría organizarse la hueste catequística.

Sin unidad de dirección de poco suelen servir los más porfiados esfuerzos personales: unidos, dijo y probó Jaime Balmes que se multiplican por un factor infinito, axioma que un muy culto pueblo adoptó por divisa y lo escribió en su escudo de armas: *L'union fait la force.*

Ahora bien, la unidad continuada de dirección, ó sea de fin, tratándose de fuerzas múltiples siempre libres, supone un principio ordenador, eficaz y perenne.

La eficacia ordenadora requiere conocimiento claro de los medios que conducen al fin, voluntad

constante de emplearlos, y la fuerza moral necesaria para que los subordinados obedezcan. Esto de la fuerza moral ó autoridad es evidente. Lo demás, si no tan claro, no es menos cierto. No es posible dirigir bien sino conforme á razón, ni se hace nada de provecho sin ardorosa constancia. *Amor machina mentis;* decía un padre de la Iglesia; y escribía también un gran pagano: *Sine ardore quodam amoris nihil quidquam fit egregium.*²

Tres hombres de buen entendimiento y de cristiano y ardiente corazón, quiero decir, amadores resueltos de Dios y de los pobres, sostenidos además por la autoridad superior de la diócesis, serían menester y bastarían á este empeño. Dos no bastan, y podrían anularse mutuamente, desde que faltara el acuerdo. De uno solo ni se hable, aunque fuera prodigiosamente capaz, bueno y activo. Cuando hay más de tres personas en un centro directivo de este género, por maravilla deja de estorbar alguno; y siempre llevan el peso del trabajo pocos hombros, los más abnegados, los más laboriosos, los más sufridos, los más condescendientes; que nunca fueron muchos en ninguna junta.

Sólo tres hombres quisiera para unificar y dirigir, sin perjuicio de que consulten á treinta y aún á trescientos; con tal que acierten los tres á discernir, simplificar y escoger dictámenes.

Acomodando á nuestro caso una muy sabida

1. El amor es el vigor del alma.

2. Sin cierto amor ardiente á lo que se hace, nunca se hace nada de provecho.

clasificación baconiana,¹ pudiéramos decir que en semejante materia, como en otras análogas, se presentarán consultores *hormigas*, tan escrupulosamente apegados á las buenas prácticas de sus mayores, que tendrán por osadía rayana del sacrilegio introducir en ellas la más mínima reforma; consultores *arañas*, temperamentos de arbitristas con domicilio perpétuo en los espacios imaginarios, menospreciadores de la tradición, atrevidísimos innovadores; y en fin, consultores *abejas*, cuyo sazonado saber junta en uno lo bueno pasado y lo bueno presente, las antiguas prácticas á los modernos adelantos y á las exigencias actuales, armonizándolo todo con firme y suave prudencia, que es la ciencia de las atinadas aplicaciones.² A tales hombres pertenece el buen consejo.

Y pertenece asimismo á los muy buenos, aunque no rayen muy alto en la humana sabiduría.

No ignoraba yo cuán principal elemento sea la virtud en la composición de la autoridad ya histórica, ya científica, ya de dirección y consejo; y conocía casi desde niño el magnífico análisis que hizo de esto un célebre romano para un degenerado mozo su hijo.³ También había notado en el sermón primero del Salvador el modo particular como allí se promete á los limpios de corazón la eterna bienaventuranza;⁴ y había leído en el

1. *Empirici, formice more, congerunt tantum et uluntur. Rationales, aranearum more, telas ex se conficiunt. Apis vero ratio media est...* etc. Nov. Org.

2. *Summa*. 2^a 2^o q. 47.

3. Cicerón. *De officiis*. II.

4. *Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt*. Matt. V.

Eclesiástico este pasaje: *Anima viri sancti enunciat aliquando vera, melius quam septem circumspectores, sedentes in excelso ad speculandum*.¹ Y en fin, había hallado la misma doctrina en más de un insigne crítico, por ejemplo en el que sus compatriotas, siguiendo á Víctor Cousin, han dado en apellidar «el Angel de la Filosofía»;² y en el incomparable Melchor Cano, que en su gran libro cuidadosamente la autoriza y adelgaza;³ pero he de confesar que no lo sabía más que de memoria, hasta que me lo hizo comprender una larga experiencia. Hay más. Como enseñan críticos y místicos, es certísimo, nadie lo dude, que mejoran las almas en vista y gozan de luz más clara, á medida que se allegan á Dios, luz de las luces y criador de los sentidos y de las inteligencias; pero en casos como el nuestro, adviértese una causa particular, que contribuye poderosamente á iluminarlas. La abnegación, tan propia cualidad de los buenos, madre de las bellas acciones y principio de la vida cristiana⁴ es de suyo sobremanera inventiva, y en hartas ocasiones con aciertos admirables y como inspirados; género de privilegiada intuición, que sorprende y encanta. Una humilde señora de las que apenas saben leer y escribir, ó una simple Hija de la Caridad, ó una de esas maravillas del cato-

1. "El alma del varón justo descubre algunas veces la verdad, mejor que siete centinelas apostados para atalayar en alto sitio." Eccli. XXXVII.

2. *L'esprit devient plus pur, plus lumineux, plus fort, et plus étendu, à proportion que s'augmente l'union qu'il a avec Dieu*. Malebranche. Rech. de la vérité. Préface.

3. De locis. lib. X.

4. Matt. XVI.